

CAPÍTULO 1

Todo lo que cualquier niño desearía, estaba a punto de pasarle a Josuá aquella mañana. Y no hablo de un deseo del tipo, que te dejen descargar un nuevo juego en el móvil de papá o que mamá te ponga tarta de chocolate en la mochila para el cole, hablo de uno de esos deseos en los que sólo piensas justo antes de dormir, uno de esos deseos que más que deseos son sueños.

Josuá era un niño “fuertecito”, lo explico así porque es como su mamá lo describía siempre, eso quiere decir que ni estaba pasado de peso ni era delgado, digamos que estaba redondito -¡ay mi Josuá! Mira que “cuerpecito fuertecito” tiene!- decía su mamá cada vez que lo veía en la ducha o le ayudaba a ponerse crema solar en la playa. El pelo, ni largo ni corto, lo tenía castaño, igual que los ojos que no eran ni muy grandes ni muy pequeños, y tampoco era ni el más alto ni el más bajo de su clase, digamos que era como la mayoría. Lo cuál le fastidiaba mucho, porque si había algo que no le gustaba a Josuá, era ser como todos los demás. A él lo que le gustaba era ser diferente, por eso casi nunca seguía las modas, ni llevaba la mochila con la imagen de los últimos dibujos que salían en la tele, ni se peinaba como las estrellas del fútbol. Ser diferente le resultaba mucho más divertido y cómodo, ¡sólo tenía que hacer las cosas o vestirse como a él realmente le gustara! y eso, no negaréis, es más divertido y cómodo que tener que hacerlo como todos los demás.

Pero con ser cómodo y divertido, no siempre resultaba fácil, ya sabéis que hay niños y niñas, y también muchos adultos, a los que no les gustan las diferencias, no me preguntéis por qué, simplemente no les gustan, supongo. Pero había alguien a quién si le gustaba las diferencias de Josuá, y que pensaba que esas diferencias hacían de él un niño muy especial, ¡además de a sus padres, tíos y abuelos claro!, hablo de su mejor amiga, Jimona.

Y es curioso, porque a Jimona le ocurría justo lo contrario, ella lo que quería precisamente era ser como todos los demás. Su mamá decía de ella que era como “el espíritu de la golosina” que no sé muy bien qué quiere decir, pero seguro que tiene que ver con que era muy delgada, -¡ay mi Jimona que parece el espíritu de la golosina!- decía su mamá cariñosamente cuando la abrazaba o la veía con la ropa para ir a gimnasia rítmica. Jimona era además la niña más alta de la clase, incluyendo también a los niños, y tenía el pelo de un intenso color negro igual que sus ojos. Ella siempre quería ir vestida como los demás y hacer las mismas cosas que todos, aunque esto a veces le resultara un poco más difícil porque nació con una sola mano, y aunque eso como ya sabéis, no tiene ninguna importancia, sí la obligaba a tener que moverla mucho más rápido, por ejemplo, cuando quería tocar el piano. Todas esas diferencias hacían que Josuá pensara de Jimona, ¡igual que lo pensaban los padres, tíos y abuelos de ella! que era una niña muy especial.

Josuá y Jimona, eran los mejores amigos, además de vecinos, y siempre iban juntos a la escuela. Y por eso, juntos, iban a llevarse la mayor sorpresa de sus vidas.

CAPÍTULO 2

Cuando Josuá y Jimona salieron del portón, una gran sonrisa se dibujó en sus caras, había estado lloviendo toda la noche por lo que la acera estaba repleta de charcos, así que salieron corriendo con las enormes mochilas saltando en sus espaldas y las botas de agua chapoteando con fuerza allí donde el agua se acumulaba más profunda, rumbo a la escuela.

Pero de repente algo llamó su atención y detuvo la frenética carrera. Una paloma cruzó volando muy cerca de sus cabezas, venía desde la carretera tras esquivar un coche que casi la atropellaba.

- ¡Guau!, ¿has visto Jimona? ¡Casi me da en la cara con sus alas! ¡Que pasada...! -dijo Josuá, muy emocionado.

- Ha tenido que levantar el vuelo muy rápido -dijo Jimona- casi la atropellan, ¿qué estaría haciendo en medio de la carretera?.

En ese momento los dos niños vieron que en el asfalto había algo de color blancuzco y no pudieron evitar la curiosidad de ir a mirar qué era aquello que había atraído a la paloma. Josuá y Jimona comprobaron que no venía ningún coche y se acercaron a mirar. Desde lejos no se apreciaba bien pero ya casi encima, se dieron cuenta de que solo era un trozo de pan mojado.

Jimona se echó a reír y tiró del chubasquero de Josuá -¡Anda! Vámonos, sólo es un trozo de pan y vamos a llegar tarde- dijo mientras se daba la vuelta desilusionada por el hallazgo.

Josuá sin embargo, se agachó para recoger el trozo de pan antes de seguirla.

-¿Pero qué haces? Buagg, ¡tira eso! - dijo la niña

- No, debemos quitarlo de la carretera – explicó Josuá – sino, otra paloma podría querer comérselo y quizás esta vez si la atropelle un coche.

Jimona miró a Josuá con ojos de aprobación -pues títalo a la basura- indicó la niña. De repente, Alejandro pasó corriendo junto a ellos y les lanzó agua con los pies.

- ¡Hoy llego antes que vosotros, tortugas! Les dijo con un gesto divertido en su cara, mientras aceleraba el paso.

Alejandro, que aún llevaba dos galletas en las manos, siempre llegaba el último a clase, por lo que eso significaba que debía ser muy tarde. Josuá y Jimona miraron sus relojes, ¡quedaban dos minutos para que cerraran la puerta del colegio!, así que salieron a por Alejandro que los miraba de reojo con una gran sonrisa y sin parar de correr.

Llegaron justo cuando el conserje comenzaba a cerrar la puerta.

- ¡Espere, espere! Gritaron los niños.

- ¡Vamos! Hoy se os han pegado las sábanas- dijo el conserje mientras los veía pasar jadeando.

Fue justo en el momento de llegar a la clase cuando Josuá se dio cuenta de que aun llevaba el trozo de pan en la mano. La maestra había entrado ya y todos los niños y niñas estaban sentados en sus pupitres, así que a Josuá no se le ocurrió otra cosa que meterse el trozo de pan mojado en el bolsillo del chubasquero y entrar disimulando.

- ¡Hay que llegar antes! Les dijo la “seño” María José mientras encendía la pizarra digital. Venga, colgar vuestros chubasqueros junto al radiador y sentaros, hoy vamos a hablar de los tres estados de la materia: sólido, líquido y gaseoso.

Josuá y Jimona, miraron a Alejandro mientras se sentaban, se le veía feliz por no haber sido el único en llegar tarde.

CAPÍTULO 3

A la salida del colegio, los charcos habían desaparecido y el sol brillaba con fuerza. Los niños se despedían hasta el día siguiente y Josuá y Jimona, volvieron a casa cansados.

Fue ya por la tarde, mientras hacía los ejercicios en su cuarto, cuando Josuá escuchó lo que le pareció un pequeño estornudo. - ¡ASHIIÚ! Al principio no le dio importancia pero cuando volvió a oírlo por segunda vez se sobresaltó. - ¡ASHIIÚ! El estornudo venía del bolsillo de su chubasquero. Sin comprender muy bien qué pasaba y un poco asustado, Josuá cogió el chubasquero de la percha, abrió muy despacito el bolsillo y miró dentro, allí solo estaba el trozo de pan, del que se había olvidado por completo y que parecía que se había secado y endurecido.

- ¡Muchas gracias!- dijo el trozo de pan.

Josuá tiró el chubasquero sobre la cama y retrocedió de un salto hasta dar con la espalda en el armario.

- ¡Eh pero qué haces! Volvió a oír desde su chubasquero mientras algo se movía bajo el plástico. Al momento, el trozo de pan salió de entre los pliegues del chubasquero y se quedó mirándole.

- Lo siento mucho, dijo Josuá, me he asustado. - Y se acercó hasta ponerse en cuclillas junto a la cama para poder verlo mejor.

- Muchas gracias por salvarme - dijo el trozo de pan. Con toda el agua que me había caído encima no podía moverme y si tu no me hubieras cogido, seguro que alguna paloma me habría comido o me habría pisado algún coche. Después, gracias al calor del radiador de tu clase, pude secarme. Te estoy muy agradecido, ¿cómo te llamas?.

Josuá apenas podía creer lo que estaba pasando.

- Me llamo Josuá. Contestó. ¡Es increíble puedes hablar!

- ¡Pues claro!, dijo el trozo de pan y levantó su pequeña mano para estrechársela a Josuá. Encantado de conocerte.

Y justo cuando Josuá le acercaba lentamente el dedo para saludarle, Jimona abrió de sopetón la puerta, lo que hizo que Josuá se asustara y se cayera de espalada. En su caída trato de agarrarse a la silla que golpeó con fuerza el escritorio y tiró la pantalla del ordenador sobre la cara de Josuá. De repente se hizo el silencio, la escena en la habitación se había quedado paralizada. Jimona miraba fijamente a Josuá tumbado en el suelo y Josuá miraba al trozo de pan que de un gran salto se había subido sobre su barbilla para aguantar la pantalla con una sola mano.

SÚPER MENDRUGITO

- ¿Qué está pasando ahí dentro?, oyeron decir a la mamá de Josuá, mientras se acercaba a la habitación.

El trozo de pan volvió a poner la pantalla en su sitio y se escondió tras el lapicero justo antes de que la mamá entrara.

- ¿Qué haces ahí tumbado hijo?, preguntó la madre mientras lo levantaba, ¿te has caído de la silla?

- Si mamá, dijo Josuá, no ha sido nada, es sólo que me asusté al oír entrar a Jimona.

- Bueno, si has terminado ya los ejercicios podéis jugar un poco, pero luego recogerlo todo. ¿Y tu qué Jimona?, estas muy callada, dijo la mamá pellizcando suavemente la barbilla de la niña al pasar para salir del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

- ¿Qué... era... eso?, dijo por fin Jimona.

- Es el trozo de pan que cogí de la carretera esta mañana, le contestó Josuá.

- ¡Hola! Encantado de conocerte, dijo el trozo de pan, saliendo desde detrás del lapicero. Tu estabas allí esta mañana, también te doy la gracias.

Jimona miró a Josuá con la boca muy abierta, este la miró también y se encogió de hombros, los dos niños volvieron a mirar al trozo de pan, y nuevamente se miraron.

- ¡Alucinante!, - dijo Jimona lanzándose boca arriba sobre la cama y mirando al techo por unos segundos. Todos permanecían en silencio, - ¡Es... es... increíble!, - volvió a decir dándose la vuelta y mirando detenidamente al trozo de pan. - ¿Cómo has podido coger la pantalla con una sola mano y llegar tan rápido para evitar que le golpeará a Josuá?.

- ¿Un trozo de pan te habla y lo que más te sorprende es que haya podido coger una pantalla?, - le preguntó Josuá a Jimona. - Por cierto, - continuó diciendo - , ¿Cómo has podido hacerlo?

- En realidad soy muy fuerte - dijo el trozo de pan.

- ¿Y qué más cosas, puedes hacer?, ¿Puedes volar?, ¿Y cómo es que eres un trozo de pan?, ¿Y Por qué estabas en el suelo mojado?, ¿Qué pasa cuando te mojas?, - un torbellino de preguntas se agolparon en los labios de los niños que se interrumpían el uno al otro, sin poder parar de preguntar. Al cabo de unos minutos, se dieron cuenta de que así no podría entenderles. El trozo de pan los miraba muy asombrado por tantas preguntas.

- ¿Y cuál es tu nombre? Preguntaron los dos niños al mismo tiempo .

- Me llamo Mendruguito - contestó el trozo de pan.

- Más bien eres, Súper Mendruguito - dijo Jimona recordando lo del monitor.

- Sí, ¡eres Súper Mendruguito! - dijo Josuá ofreciéndole esta vez él su dedo a Mendruguito para saludarle. - A partir de ahora, así te llamaremos.

SÚPER MENDRUGITO

- Pero si es un Súper Mendruguito necesitará una ropa adecuada – dijo Jimona, que había cogido papel y lápiz para hacer un boceto.

Súper Mendruguito se echó a reír divertido y a Josuá le pareció muy buena idea. Así que el resto de la tarde se la pasaron dibujando primero y cosiendo después, la ropa que llevaría su nuevo héroe.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Josuá, Jimona y también Súper Mendruguito, vestido con su nueva ropa: malla azul, pantalones grises, una capa verde y un antifaz morado; fueron a la escuela. Súper Mendruguito iba en el bolsillo del chubasquero.

La mañana pasaba lenta, y los niños no hacían más que mirar el reloj deseosos de que fuera la hora del recreo y poder estar con su nuevo amigo, que esperaba paciente dentro del bolsillo y colgado del perchero.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el descanso, la clase se puso en pié en un ordenado silencio y fue saliendo uno a uno del aula hacia el patio.

El patio del colegio, al menos la parte que estaba reservada para los niños de la edad de Josuá y Jimona no era muy grande por lo que no había mucho sitio donde poder estar a solas. Así que los dos amigos buscaron una esquina apartada y se sentaron a hablar con Súper Mendruguito.

- ¿Qué tal has pasado la noche? - preguntó Jimona a Súper Mendruguito.

- He dormido muy bien, gracias. El bolsillo del chubasquero de Josuá es muy cómodo y he podido terminar de secarme por completo – respondió.

Jimona miró con cara de asombro y reproche a Josuá por haber dejado que Súper Mendruguito hubiera pasado toda la noche en el bolsillo del chubasquero.

- ¿Qué quieres? - dijo el niño al notar cómo se le clavaba la mirada de Jimona- mi madre podría haber entrado y si descubre a Súper Mendruguito lo habría tirado a la basura o pero aun, ¡lo habría preparado para desayunar!

Súper Mendruguito y Jimona, estallaron en una estruendosa risa al ver la cara de horror que se le había puesto a Josuá.

- ¡No creo que tu madre hubiera podido tostar a Súper Mendruguito, Josuá! - dijo Jimona

Josuá pensó en la fuerza y rapidez que había demostrado Súper Mendruguito la tarde anterior y se unió a la risas con sus amigos. Siguieron riendo y alborotando sin darse cuenta de que Adam se había acercado.

- ¿De qué os reís? - preguntó.

Adam era lo que todo el mundo en el colegio conocía como un “fastidión”, es decir, un niño que era

SÚPER MENDRUGITO

feliz fastidiando y atemorizando a los demás. Le encantaba hacer llorar a los más pequeños y divertirse a costa de sus bromas pesadas. En el colegio corría la leyenda de que era el niño que más veces había estado en el despacho de la directora en todos los años de historia del centro.

- De nada - dijo Josuá, metiendo rápidamente el trozo de pan en el bolsillo.

Adam observó el movimiento y se lanzó como un águila para meter también su mano en el bolsillo mientras gritaba - ¿qué escondes ahí, dámelo?

Josuá se puso de pie de un salto y apretó su mano en el interior del bolsillo para evitar que la de Adam sacara el trozo de pan.

- ¡Déjame! – gritó. ¡Saca tu mano de mi bolsillo!.

- ¡He dicho que me enseñes lo que has escondido! – exigió Adam.

Jimona trataba de apartar a Adam con su única mano, pero Adam era un niño corpulento y apenas podía moverlo. El resto de niños y niñas que jugaban en el patio vieron el revuelo y se acercaron a ver qué ocurría. En pocos segundos una multitud rodeaba a los tres niños observando en silencio a Josuá y Adam con las manos metidas en el bolsillo y a Jimona tratando de separarles.

De repente, Adam, dio un grito y se retorció de dolor con la mano aun en el interior del bolsillo. Todo el mundo se quedó asombrado. Adam siguió retorciéndose hasta que se puso de rodillas en el suelo.

- ¡Ay! ¡Ay! - gemía. ¡Suéltame Josuá!.

Josuá lo miraba asombrado con su mano también en el bolsillo, sin comprender muy bien qué estaba ocurriendo.

El resto permanecía en silencio.

- ¡Ay! ¡Lo siento, de verdad!, ¡no volveré a fastidiarte! ¡lo prometo!, gimoteaba Adam mientras le pedía que le dejara sacar la mano del bolsillo.

Josuá comprendió lo que ocurría y reponiéndose del asombro dijo – Antes promete que no vas a fastidiar más.

- ¡Lo prometo! - respondió ya con lagrimas en los ojos.

- Y discúlpate ante todos por la de veces que les has fastidiado o molestado – añadió Josuá.

Allí estaban Laura, a la que Adam tiraba siempre de las coletas mientras esperaban para entrar porque iba justo detrás de ella en la fila, y también Mustafa, al que le quitaba siempre el bocadillo, y Daniela la chica de pecas a la que llamaba “plato de lentejas”, también estaba Hugo, al que solía encerrar en los baños, y la propia Jimona, a la que imitaba escondiendo una mano en la manga para reírse de ella. Todos sentían ese momento como suyo y miraban a Josuá con admiración y agradecimiento.

SÚPER MENDRUGITO

- ¡Lo lamento! ¡perdonadme por favor! No volveré a fastidiar a nadie, ¡jamás!, ¡nunca! - Adam ya lloraba a moco tendido.

- Está bien – dijo Josuá en voz alta, y luego susurró para que nadie pudiera oírle – ya puedes soltarle...

Adam sintió su mano libre y la sacó rápidamente del bolsillo, se puso de pié y se alejó corriendo pasando entre la muchedumbre de niños y niñas que aplaudían y se acercaban a Josuá para felicitarle y darle las gracias por su valentía.

CAPÍTULO 5

Salir del colegio fue mucho más complicado que cualquier otro día, la noticia de lo ocurrido en el patio había corrido como la pólvora y todo los niños y niñas querían ver de cerca a Josuá.

Por la tarde, después de hacer la tarea, Jimona y Josuá bajaron al patio del edificio, estaban deseando poder reunirse, aun no habían podido hablar con Súper Mendruguito de lo ocurrido en el colegio.

- Fue muy valiente lo que hiciste Súper Mendruguito, Adam se lo tenía merecido, lleva años fastidiando a todo el mundo. Ya era hora de que alguien le pusiera en su sitio – dijo Jimona que sostenía a Súper Mendruguito en la palma de su mano.

- Cuando vi que metía la mano en el bolsillo de Josuá pensé que quería hacerle daño así que decidí darle una lección – añadió el trozo de pan.

- Y a ti también quiero darte las gracias Josuá – volvió a decir Jimona.

- ¿A mi por qué? - dijo Josuá – si yo no hice nada, todo fue mérito de Súper Mendruguito.

- Por exigirle que me pidiera perdón, por exigirle que pidiera perdón públicamente a todos los que en alguna ocasión había fastidiado o atemorizado. Eso también fue muy noble y valiente. - Jimona dio un beso en la mejilla a Josuá que se puso colorado de inmediato.

Los niños y Súper Mendruguito se divertían recordando la cara de Adam o el momento de la salida del colegio cuando todos y todas esperaban para felicitar o simplemente ver a Josuá, el nuevo héroe del colegio, cuando de repente oyeron un grito.

Venía de una de las ventanas del edificio, seguramente de la casa de la señora Malika, una mujer de edad avanzada que vivía sola en un apartamento en la última planta. Así que los niños salieron corriendo a ver qué ocurría. Entraron en el edificio y comprobaron que olía a quemado. Josuá llamó al ascensor para subir a la quinta planta pero Jimona lo detuvo.

- ¿Qué haces? ¿Es que no te acuerdas de aquella vez que vino un bombero a clase y nos explicó que cuando hay fuego o sospechas de que pueda haberlo, no debemos entrar en los ascensores? - dijo Jimona.

- ¡Es verdad, pues subamos por las escaleras! – Dijo Josuá.

SÚPER MENDRUGITO

Al llegar, un humo negro cubría todo el rellano. Los niños no sabían muy bien qué hacer. De repente Josuá recordó que el bombero también les dijo que el humo podía asfixiarte si lo respirabas y decidió que lo mejor sería pedir ayuda.

- ¡Jimona tenemos que avisar a los vecinos! - dijo

Aun no había terminado de decirlo cuando volvieron a oír el grito de socorro. Esta vez no había duda, era la señora Malika. La señora siempre tenía la puerta de su casa abierta, el espacio donde vivía era muy pequeño y así podía tener una mejor ventilación, también lo hacía porque al ser tan mayor y vivir sola, temía que algún día le pasara algo y no pudieran entrar a socorrerla. Es por ello que el humo que se originaba en el interior salía inundándolo todo.

Todos los vecinos y vecinas de la quinta planta empezaron a salir de sus casas, pronto el rellano se llenó de caras asustadas que cubrían sus narices y bocas con pañuelos o simplemente con los brazos mientras corrían hacia las escaleras. Josuá también salió corriendo escaleras abajo y comenzó a tocar los timbres de todas las puertas, planta por planta. Todos los que estaban en sus casas fueron alertados y empezaron a salir a la calle. Algunos llamaban con sus móviles a los bomberos, otros a sus familiares y otros miraban hacia arriba donde la ventana abierta de la casa de la señora Malika dejaba salir una gran columna de humo negro que subía al cielo.

La mamá de Josuá apareció de repente acompañada de la mamá de Jimona.

- ¡Josuá! - le gritó su madre abrazándole. ¡Menos mal que estás aquí! ¿Estás bien?

- Si mamá, Jimona y yo salimos corriendo para avisar a todo el mundo cuando vimos el humo.

- ¿Pero dónde está Jimona? - preguntó su mamá.

En ese momento Josuá se dio cuenta de que Jimona no estaba a su lado. Había salido tan de prisa para llamar a las puertas que no se había dado cuenta de que Jimona no estaba. Un gran temor le sobrecogió. ¡Jimona se había quedado en la quinta planta!

La mamá de Jimona empezó a llamarla a gritos.

- ¡Jimona! ¡Jimona!...

Todos los vecinos y vecinas enmudecieron. Sólo se oían las sirenas a lo lejos, señal de que los bomberos ya se acercaban.

- ¡Jimona! ¡Jimona! - volvió a gritar su mamá esta vez con lágrimas en los ojos.

De repente, una ventana se abrió en la quinta planta. Era Jimona. Tenía toda la cara manchada de hollín.

- Aquí mamá, estoy aquí – gritó la niña.

Jimona sujetaba a la señora Malika con su mano, mientras movía el otro brazo para hacerse ver.

SÚPER MENDRUGITO

El enorme camión rojo había llegado y los bomberos entraron corriendo en el edificio equipados con sus equipos y cascos. Josuá los miró con alivio.

- ¡Corred! Mi amiga está atrapada – Josuá también tenía ganas de llorar.

Al cabo de unos minutos los bomberos que habían entrado volvieron a salir. Tendrían que llegar hasta la niña y la señora, con una escalera. El acceso desde el interior estaba cerrado por el fuego.

Rápidamente comenzaron a desplegar la escalera mecánica con la que estaba equipado el camión. En pocos segundos un bombero estaba junto a la ventana donde se encontraban Jimona y la señora Malika. Después de entrar por la ventana y ayudarles a subirse en la cabina de la escalera, los tres, Jimona, la señora Malika y el bombero, empezaron a bajar lentamente. El bombero movía el mando de la escalera con cuidado. De pronto, al pasar por una de las ventanas de la cuarta planta, una explosión les sorprendió y el bombero salió lanzado aunque consiguió agarrarse antes de caer y se quedó colgando agarrado a uno de los tubos. La escalera comenzó a moverse descontrolada y se dirigía directamente a chocar contra la pared.

- ¡Van a caerse! - gritaron desde abajo.

Josuá oyó un silbido y sintió un soplido pasar a una enorme velocidad junto a su cara. Notó que su bolsillo se había quedado vacío.

Súper Mendrugito llegó justo en el instante en el que la escalera iba a chocar, la aguantó con sus diminutas manos y la detuvo sin esfuerzo. Luego le dijo a Jimona que cogiera el mando y que lo doblara hacia la izquierda. Jimona obedeció y la escalera se paró. El bombero que estaba colgando notó como si alguien le subiera empujándole desde los pies aunque no conseguía ver a nadie, de esa manera pudo volver otra vez al interior de la cabina de la escalera. Con todo controlado nuevamente, y sin poder explicar qué había pasado, el bombero consiguió bajar la escalera.

Cuando llegaron al suelo, algunos vecinos se apresuraron a ayudar a la señora Malika a salir de la cabina, el bombero que llevaba en brazos a Jimona fue ayudado por sus compañeros. La mamá de Jimona corrió para abrazarla y también lo hizo Josuá.

Entre la muchedumbre que se agolpaba, el jefe de bomberos se abrió paso para acercarse a Jimona y dijo en voz alta para que pudieran oírle.

- Jimona, has sido una niña extraordinariamente valiente. La señora Malika nos ha contado cómo entraste a su casa arrastrándote por el suelo para evitar el humo y cómo conseguiste llevarla al piso de al lado para poder pedir ayuda desde la ventana. Aunque lo que más nos ha impresionado es lo que nos ha contado de cómo cogiste el mando de la escalera para frenarla justo antes de que chocara, si no lo hubieras hecho, nuestro compañero se habría caído. Te estamos muy agradecidos. Y también quiero hacer pública mi felicitación a Josuá por su rápida reacción de avisar casa por casa, consiguiendo así poner a salvo al resto de vecinos y vecinas. ¡Enhorabuena chicos!

Después de oír esto, todos los presentes empezaron a aplaudir con entusiasmo.

Josuá y Jimona sonreían y se miraron cómplices. Una gran piña de abrazos, formada por sus mamás y papás, los envolvió, cosa que aprovecharon para poder hablar desde cerca.

SÚPER MENDRUGITO

- ¿Qué ha pasado ahí arriba? - susurró Josuá que notó que algo entraba en su bolsillo.

- Luego te cuento – susurró también Jimona, mientras le guiñaba un ojo.

CAPÍTULO 6

El desayuno del día siguiente fue especial, su papá se había levantado más temprano que de costumbre para preparar tortitas con miel, y se sentaron todos juntos a la mesa, a diferencia de la mayoría de días de entre semana donde cada uno iba desayunando conforme se despertaba. Josuá estaba contento, había estado soñando con las aventuras del día anterior.

- Menudo susto nos llevamos ayer- dijo el papá de Josuá – menos mal que todo acabó bien.
- Yo pasé muchísimo miedo – dijo la mamá – no he podido pegar ojo en toda la noche.
- No había nada que temer – dijo Josuá con la boca llena de tortitas – Súper Mendrugito estaba allí.
- ¿Quién? - preguntaron sus padres al mismo tiempo.

Josuá casi se atraganta, se había ido de la lengua sin darse cuenta.

- Eh... nadie... cosas más – dijo Josuá
- ¿Súper Mendrugito?, ¿No llamareis así al bombero que os salvó, no? - dijo la mamá con severidad.
- Eh... ¡no! ¡que va! ¡era una broma! - y Josuá dio un sorbo al vaso de leche para evitar tener que hablar más. - Por cierto – se acababa de acordar de algo que podía cambiar el tema de conversación – tenéis que firmarme el permiso para ir a la excursión.
- ¿Qué excursión? - preguntó su papá mientras se levantaba para llevar su vaso y plato sucio al fregadero.
- Una excursión a las instalaciones de la empresa de combustibles que está junto al puerto pesquero. La “seño” María José quiere que conozcamos cómo trabajan, almacenan y convierten los gases, los líquidos y los sólidos, allí. Iremos a media mañana.
- Parece interesante – dijo su papá.
- Pues a mi me parece un lugar peligroso para ir con unos niños – replicó su mamá.
- No pasará nada – dijo el padre de Josuá – ¿a ver, dónde hay que firmar?

Josué cogió la hoja de papel recién firmada, una tortita para el camino y salió corriendo con la mochila en el hombro.

- Hasta luego “papis” - gritó saliendo ya por la puerta a todo correr – ¡Vamos Súper Mendruguito hoy tenemos excursión! Le oyeron decir sus padres justo antes de cerrar la puerta.

- ¿Otra vez con eso de Súper Mendruguito? - dijo su papá.

- Este niño cada vez está más raro... dijo su mamá.

Jimona, Josué y Súper Mendruguito al llegar al colegio comprobaron que el tema de conversación había dejado de ser el incidente con Adam en el patio y había pasado a ser el incendio y cómo Jimona había salvado a una mujer.

Aquella mañana la clase andaba algo revuelta, no sólo por los cuchicheos sobre Josué y Jimona, sino por los nervios previos a la excursión. En pocas ocasiones salían del centro y hacerlo para ir a un lugar como la fábrica de combustibles tenía a todos las niñas y niños muy alterados.

Por fin llegó el momento de ir. La “seño” María José ordenó la fila y se dirigieron hacia el autobús que había aparcado en la puerta del colegio.

Jimona y Josué se sentaron juntos, al pasar al lado de Adam este les miró desafiante, no estaba dispuesto a aceptar la humillación del día anterior y esperaba su oportunidad para poder vengarse.

Cuando llegaron, la “seño” los llevó hacia el punto donde iban a comenzar la visita. Allí los esperaba la encargada de la fábrica para acompañarles en el recorrido e ir explicando todo lo que iban a ver.

De repente, Josué notó que Súper Mendruguito se movía en el bolsillo y le tiraba de la chaqueta para llamar su atención. Con disimulo Josué se apartó de fila y se escondió de tras de uno de los bidones que había en el patio de la fábrica.

- ¿Qué pasa Súper Mendruguito? ¿qué quieres?

Jimona había visto el movimiento de Josué y se salió de la fila también.

- ¿Qué hacéis? Nos vamos a despistar del grupo, ¿por qué os escondéis?

Súper Mendruguito que se había puesto sobre la palma de la mano de Josué, miró a los niños con preocupación y dijo – Estamos en peligro.

- ¿Nosotros? ¿Por qué? - preguntó Josué.

- ¡Todos! - contestó Súper Mendruguito - ¡Todos lo estamos! ¡La ciudad entera está en peligro!

CAPÍTULO 7

- ¿Eh? ¿Qué quieres decir?... - dijo Jimona muy preocupada.

- Tengo que contaros la verdad – dijo el trozo de pan.

Súper Mendruguito les contó su verdadera historia.

- El día que me visteis en el suelo estuve a punto de ser derrotado, sino hubiera sido por vosotros, mi archienemigo Moho me habría vencido.

- ¿Moho? - preguntó Josuá.

- Sí, un malvado hongo que trata de acabar con la humanidad destruyendo todos los alimentos. Había conseguido tenderme una trampa, ayudándose de una paloma malvada hicieron que cayera en un charco de agua, así que no podía moverme, pero justo cuando trataba de clavarme sus esporas aparecisteis vosotros y me sacasteis de allí – explicó el trozo de pan.

- ¿Qué son las esporas? - volvió a preguntar Josuá.

- Moho tiene el súper poder de lanzar diminutas bolas con pinchos que salen de su cuerpo, si consiguiera clavarme más de diez, haría que me pudriera y no habría salvación - explicó con tranquilidad Súper Mendruguito que siguió hablando – Moho es un villano muy peligroso y escurridizo, también puede volar, y aunque no es tan fuerte como yo es muy astuto. Hoy cuando estábamos a punto de subir al autobús me fijé en el bocadillo de Alejandro, estaba empezando a ponerse verde y a pudrirse, ninguna madre daría un bocadillo así a su hijo, es la señal de que Moho ha estado en la escuela. Me está buscando.

- ¡Pues no permitiremos que te encuentre! - dijo Jimona valientemente.

- Ya lo ha hecho – dijo Súper Mendruguito – está en la fábrica, el aire está lleno del olor de sus esporas.

- ¿Y cómo podemos detenerle? - preguntó Josuá.

- Aún no lo sé, pero una cosa es segura – dijo Súper Mendruguito con voz muy seria – Moho no dudará en arrasar toda la fábrica e incluso la ciudad con tal de acabar conmigo. Soy lo único que se interpone entre él y su maléfico plan de acabar con la humanidad.

De repente Súper Mendruguito se escondió en el bolsillo, se oyeron unos pasos acercándose. Era la “seño” María José.

- ¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué hacéis aquí? - preguntó la “seño” muy enfadada - ¿Por qué os habéis salido de la fila?

- Solo queríamos ver qué ponía en estos bidones – dijo Josuá para disimular.

- ¡Venga! ¡Volved a la fila inmediatamente y no volváis a salir! - replicó la maestra.

Los niños echaron a correr y ocuparon su sitio.

En el interior de la fábrica había muchos tubos y bidones. Un gran ruido hacía que apenas pudieran oír las explicaciones de la responsable que estaba haciendo de guía y un olor raro lo envolvía todo. Los niños miraban aquí y allá sorprendiéndose con cada cosa nueva que veían o con cada explicación sobre cómo se transformaban los productos o se almacenaba el combustible.

De repente una alarma empezó a sonar y por todas partes luces rojas parpadeaban avisando de que algo no iba bien. La “seño” María José se acercó a los niños con los brazos abiertos como si quisiera abrazarlos a todos, los niños y niñas se arremolinaron al rededor de su “seño” con caras asustadas.

- ¿Qué está ocurriendo? - dijo Laura, la chica de coletas a la que Adam molestaba en la fila.

- No lo sé – respondió la maestra mientras buscaba con la mirada a la responsable que estaba hablando con uno de los trabajadores, por sus gestos parecían muy preocupados.

Mientras tanto, Súper Mendruguito salió del bolsillo de Josuá y dijo – Esto es obra de Moho.

La rotura de una de las tuberías por donde circulaba vapor a presión, sobresaltó a todos. Los niños empezaron a gritar. Una densa niebla blanca hacía que apenas se pudiera ver.

- ¡Por aquí!, ¡por aquí!, oyeron decir a la encargada.

Los niños y niñas siguieron a su maestra y corrieron en la dirección que les indicaban. Todos los trabajadores y trabajadoras corrían también en esa dirección. Pronto la zona de aparcamientos de la fábrica se llenó de gente que trataba de alejarse lo más rápido posible de aquel lugar. Uno de los trabajadores gritó – ¡Va a estallar! ¡corred! ¡corred!

- ¡Qué es lo que pasa! - gritó la maestra a la encargada.

- La presión en los bidones está subiendo mucho, no han podido cerrar las válvulas de las tuberías que están en las plataformas de arriba, es como si alguien hubiera doblado las llaves, no hay tiempo para arreglarlas. ¡Tenemos que salir de aquí!

Al oír eso Súper Mendruguito salió del bolsillo y dijo – tengo que cerrar esas llaves o sino la ciudad entera explotará. Seguid corriendo tanto como podáis, -les dijo a Josuá y Jimona, antes de salir volando hacia la parte alta.

SÚPER MENDRUGITO

Súper Mendruguito volaba tratando de esquivar los chorros de vapor que salían de las tuberías por todos lados, si se mojaba no podría moverse.

Haciendo un gran esfuerzo llegó hasta donde estaban las llaves que cerraban las tuberías y comprobó que lo que había dicho la encargada era cierto, alguien las había doblado para que no pudieran cerrarse. ¡No podía ser obra de otro que no fuera el malvado Moho!

Súper Mendruguito agarró las llaves, estaban ardiendo y mojadas pero aun así empezó a enderezarlas. El agua caliente que se escurría por las llaves empapaba sus manos de pan y las volvía cada vez más blandas. Súper Mendruguito apretó aun con más fuerza, tenía que darse prisa o sus manos se desharían. Casi lo había logrado cuando dos bolas de esporas se le clavaron en la espalda.

- ¡Aagggg! - gimió Súper Mendruguito.

Moho estaba detrás de él y le había lanzado dos esporas más.

- ¡Has caído en mi trampa! – dijo Moho. Sabía que vendrías a cerrar las llaves.

- ¿Lo has preparado todo sólo para acabar conmigo? - dijo Súper Mendruguito sin dejar de apretar las llaves, pero debilitado por el agua y las esporas.

Moho le lanzó seis esporas más que se le clavaron por todo el cuerpo. Un fuerte grito de dolor recorrió toda la fábrica, pero motivado por ese dolor y la rabia, Súper Mendruguito hizo un último esfuerzo y consiguió cerrar las llaves. Las alarmas se apagaron.

- Ese esfuerzo final, no te ha valido para nada – dijo Moho. Te he clavado mis esporas y cuando mueras, haré estallar esta fábrica y toda la ciudad. Acabaré con todos los alimentos del mundo y tu ya no podrás impedirlo. Moho dejó escapar una siniestra carcajada. - Y ahora ¡toma!

Justo cuando Moho iba a lanzar otra espora, Josué apareció por detrás dándole un empujón a Moho que no se lo esperaba y cayó en uno de los tanques de petróleo situados debajo.

CAPÍTULO 8

- ¡Nooooo! - gritó Jimona – que corrió hasta donde estaba tumbado Súper Mendruguito.

Aunque Súper Mendruguito había dicho a los niños que salieran de la fábrica y se pusieran a salvo, estos no habían querido abandonar a su amigo de pan y volvieron a para ayudarle. Ahora lamentaban no haber llegado a tiempo.

- ¡Súper Mendruguito! - gritó también Josuá que lo recogió del suelo. Allí donde se le habían clavado las esporas se había vuelto de color verde y una fina capa de moho empezaba a cubrirle.

- Hemos llegado demasiado tarde - dijo Jimona entre lágrimas.

Josuá miraba a su amigo también con lágrimas. ¡Lo siento mucho! no hemos llegado a tiempo – y empezó a llorar con fuerza mientras lo envolvía con sus manos.

- ¡Espera! – dijo Jimona secándose las lágrimas, ¡cuenta las esporas!

- ¿Qué? - preguntó Josuá. - ¿Qué quieres decir? De repente se le dibujó una sonrisa - ¡sí espera! También él recordó la conversación que habían tenido sobre el tema de las esperas con Súper Mendruguito. - Una, dos, tres... siete, ocho, nueve... y diez... Cuando llegó a diez, la ilusión con la que había empezado a contar se desvaneció y los ojos se le llenaron nuevamente de lágrimas. - Son diez, Jimona. Todo se ha terminado.

- ¡No, te equivocas! - dijo Jimona - Recuerdo perfectamente la conversación, dijo que si le clavaba más de diez no habría solución.

- No entiendo – dijo Josuá confundido por tantos acontecimientos.

- ¡Que son diez las que tiene clavadas!, ¡ni una más!, sólo no habría solución si le clavaba más de diez, dijo. Probemos a quitárselas. ¡Tiene que funcionar!

Josuá empezó a quitarle una a una todas las bolas con pinchos, cuando arrancó la última los dos niños se quedaron inmóviles esperando que pasara algo. Súper Mendruguito no se movía. La duda empezó a aparecer en los rostros de Josuá y Jimona que por un momento habían recuperado la alegría. Un minuto más y ninguna señal de vida en Súper Mendruguito.

Ya con menos convicción en su voz, Jimona volvió a repetir la frase - Tiene que funcionar.

SÚPER MENDRUGITO

De pronto Súper Mendruguito se movió.

- Hola chicos – dijo Súper Mendruguito con una débil voz mientras abría despacio los ojos.

- ¡Súper Mendruguito! - gritó de alegría Josuá

- ¡Estás vivo! - gritó igual de alegre Jimona.

- Me habéis salvado otra vez – dijo el trozo de pan.

- Para eso están los amigos – dijo Josuá que tuvo que controlarse para no apretar demasiado a Súper Mendruguito entre sus manos, movido por la alegría que sentía. Jimona recordó que dijiste que para acabar contigo tendría que clavarte más de diez esporas.

- En poco tiempo volveré a estar bien, ¿dónde está Moho? - preguntó Súper Mendruguito.

- Josuá lo pilló desprevenido y lo apartó de un manotazo para que no te lanzara más esporas. Cayó en ese tanque de petróleo. - dijo Jimona señalando al lugar donde se hundió Moho.

Todos miraron hacia abajo directamente al tanque, del que de repente salió una inmensa pompa negra que estalló salpicándolo todo. Luego, otra pompa aun más grande, ¡GLUB! A la que siguió una fuerte explosión. El petróleo comenzó a derramarse por todas partes. Bajo ellos, ríos de líquido negro y pegajoso comenzaron a correr por el suelo y a salir por todos los huecos y puertas de la fábrica.

- ¡Oh no! - dijo Josuá. ¡El petróleo va a ir directamente al mar! Si no lo evitamos será una catástrofe para los animales.

Y los tres amigos se miraron aterrorizados.

CAPÍTULO 9

Cuando Josuá y Jimona, salieron de la fábrica, todo estaba recubierto de una densa capa de petróleo, la zona había sido acordonada por la policía para mantener alejados a todos los curiosos que se habían acercado a mirar, ambulancias y coches de bomberos estaban por todas partes. Los niños apenas podían andar porque se quedaban pegados al suelo a cada paso. Súper Mendrugito aun muy débil iba en el bolsillo.

- ¡Eh, mira! ¡Son dos niños! - dijo uno de los policías al verlos salir de la fábrica.

- ¿Qué están haciendo ahí? - preguntó su compañero.

- No lo sé, seguro que son alumnos del colegio que estaba de visita justo cuando se produjo el fallo y la explosión del tanque. Han tenido mucha suerte. ¡Niños, venid hacia aquí! - les gritó el policía haciéndole gestos con las manos.

Los niños se quedaron parados.

- ¿Por qué no se mueven? - volvió a decir el policía.

- ¡No lo se! - contestó el compañero.

Josuá y Jimona, se quedaron mirando el desastre, la fábrica estaba junto al puerto pesquero y el petróleo había llegado hasta el mar. Muchas gaviotas que estaban en el agua en ese momento habían quedado cubiertas por completo, los gatos que andaban por el puerto también estaban manchados y cientos de peces quedaron atrapados sin poder nadar. Pero aun podía ser peor, si la mancha de petróleo salía del puerto, las corrientes las llevarían mar adentro y entonces los animales afectados se contarían por millones. Los niños sintieron una gran impotencia.

- Súper Mendrugito, ¡tenemos que hacer algo! - dijo Josuá.

Súper Mendrugito estaba asomado por la ranura del bolsillo y miraba también la escena.

- Está bien – dijo – pero necesitare de vuestra ayuda.

- ¿Qué quieres que hagamos? - dijo Jimona.

- Puede resultar peligroso – añadió el trozo de pan.

- Tu dinos que tenemos que hacer y nosotros lo haremos – zanjó rotundo Josuá.

- Aun no estoy totalmente preparado para poder volar, tenéis que llevarme hasta el centro de la mancha. Coged una de las barcas que están amarradas al muelle.

Josuá y Jimona miraron al muelle y vieron una con remos. Hacia allí se dirigieron.

- ¿Pero qué hacen? - dijo el policía que observaba como los niños se acercaban hasta el agua.

- Ni idea pero habrá que pedir refuerzos, no podemos llegar hasta donde están porque el petróleo es muy espeso por aquí. Tengo una idea, llamemos a su maestra – dijo el compañero.

La maestra y todos los niños que habían salido de la fábrica se habían quedado en la zona siendo atendidos por los servicios sanitarios, ninguno había sufrido daños pero era lo normal en estas situaciones que los médicos observaran que todo estaba bien. Cuando el policía se acercó a informar a la maestra de que dos niños estaban aun en el patio de la fábrica y que se acercaban al agua, esta empalideció. Rápidamente miró al grupo de niños y no tardó en darse cuenta de que eran Josuá y Jimona. Con toda la tensión aun no había hecho recuento.

- ¿Y qué hacen ahí? - preguntó horrorizada - ¿por qué no va nadie a por ellos?

- No podemos, el petróleo forma un cerco muy denso al rededor de la fábrica y nos hundiríamos si intentamos llegar hasta donde están. Hemos pedido refuerzos – dijo uno de los policías.

La maestra salió corriendo hasta el límite acordonado y empezó a llamar a los niños.

- ¡Josuá, Jimona! ¡Venid aquí! Si os caéis quedaréis atrapados por el petróleo, no podréis nadar y os ahogaréis, ¡apartaos del agua! - les gritó la “seño” María José con una gran angustia.

- No podemos “seño”, ¡tenemos que ayudar a los animales! – le gritó desde la distancia Josuá.

- ¿Qué ha dicho? - preguntó uno de los policías.

- Algo de que van a ayudar a los animales – contestó el compañero.

Los dos policías probaron a entrar en el petróleo pero pesaban demasiado y sus pies se hundían sin remedio. - Es imposible – dijo uno de ellos. La maestra se derrumbó.

Josuá y Jimona consiguieron llegar hasta la barca, la cuerda que la ataba estaba pringada de petróleo pero afortunadamente tenía un nudo fácil de quitar. Con un fuerte impulso los niños saltaron dentro de la barca y cada uno cogió un remo. Trataron de moverla pero les resultó imposible, además Jimona con su única mano apenas podía hacer fuerza.

- ¡Vamos! - dijo Súper Mendrugito – ¡tenemos que llegar hasta el centro de la mancha!

- ¡No podemos! - dijo Josuá – el petróleo es demasiado denso.

Los niños siguieron tratando de mover la barca, tirando con todas sus fuerzas de los remos pero no se movía.

De pronto, oyeron unos golpes y sintieron que la barca se tambaleaba, miraron para atrás y comprobaron que eran Alejandro, Laura, Daniela, Hugo, Mustafa y Adam que habían saltado dentro de la embarcación.

- ¿Vosotros? ¿Pero qué hacéis aquí? - dijo Jimona muy sorprendida y al mismo tiempo muy contenta de ver a sus compañeros.

- Hemos oído que queréis ayudar a los animales ¡y nos os vamos a dejar solos! – dijo Alejandro.

- ¿Pero cómo habéis conseguido llegar? - preguntó Josuá.

- Los adultos pesan demasiado para pisar el petróleo porque se hunden, pero nosotros no – contestó Hugo.

- Fue Adam el primero en proponer que viniéramos – dijo Mustafa.

Todos los niños miraron a Adam.

- ¿Qué? ¿No iba a dejar esta aventura para vosotros solos? - dijo Adam disimulando sus sentimientos – ¡además soy el único que sabe remar! – dijo orgulloso. Y era cierto, porque Adam venía de una familia de pescadores, él mismo había acompañado a su padre muchas veces en sus salidas.

- Me alegro mucho de poder contar contigo – le dijo Josuá con una gran sonrisa, ofreciéndole su mano.

Adam sonrió también y los dos niños estrecharon sus manos.

- ¿Y qué vais hacer? - preguntó Daniela - ¿cuál es el plan?

- Tenemos que llegar al centro de la mancha – respondió Jimona.

- ¿Y qué haremos cuando lleguemos? - volvió a preguntar la niña. A lo que Jimona contestó mientras cogía el remo - Lo veréis cuando lleguemos.

Los niños formaron dos grupos y cada uno cogió un remo, de esa manera, trabajando en equipo consiguieron que la barca empezara a moverse lentamente, al cabo de un rato estaban en el centro justo de la gran mancha de petróleo.

- ¿Y ahora qué hacemos? - preguntó Adam secándose el sudor de la frente.

- Vamos a presentaros a alguien pero tenéis que prometer que jamás se lo contaréis a nadie – dijo Josuá.

- Lo prometemos – dijeron todos los niños a la vez.

SÚPER MENDRUGITO

Josué metió su mano en el bolsillo y sacó al trozo de pan, que los miraba a todos con con atención.

- Este es Súper Mendruguito – lo presentó Josué.

Los niños se quedaron con la boca abierta, no podían creer lo que veían.

- Súper Mendruguito es un trozo de pan, lleva mucho tiempo luchando contra Moho, un malvado hongo que quiere acabar con la Humanidad pudriendo toda la comida del mundo. Hoy hemos luchado contra él, pero al tirarlo en el tanque del petróleo provocó una explosión. Ahora tenemos que salvar a la Naturaleza.

- ¿Y cómo pensáis hacerlo? - preguntó Mustafa que no veía ninguna solución.

Todos volvieron sus miradas hacia Súper Mendruguito.

- Tenéis que tirarme en el petróleo – dijo Súper Mendruguito muy serio.

- ¡Pero Súper Mendruguito! - dijo Jimona – si te tiramos y te mojas, morirás.

- Es la única solución, mi cuerpo es de miga de pan, he de tratar de absorber todo el petróleo.

- ¡Pero no puedes tocar el agua! - insistió Josué

- Tendré que arriesgarme – zanjó Súper Mendruguito – vamos Josué tienes que hacerlo, ¡lánzame!

Josué se acercó a la proa de la barca, puso a Súper Mendruguito en la palma de su mano y lo levantó por encima de su cabeza.

- ¡Josué, no! - dijo Jimona que temía por su amigo y dudaba del plan.

- ¡Vamos Josué! ¡Ahora! ¡Hazlo! - le gritó Súper Mendruguito.

Josué miró a Jimona y luego miró uno a uno a todos los niños que se abrazan entre sí, sin saber qué hacer. De pronto se dio cuenta que ya no notaba el peso que tenía en su mano. Súper Mendruguito había saltado y se hundió entre la negra espesura.

CAPÍTULO 10

Los niños y niñas miraban fijamente la superficie negra del petróleo pero nada se movía, hacía unos minutos que Súper Mendruguito se había hundido y no había señales.

Una suave brisa que venía de mar adentro recorrió las caras de los niños y niñas, haciendo que rodaran las primeras lágrimas que se iban formando en sus ojos.

Atrás, en el muelle, los servicios de emergencia empezaban a abrir un paso entre el petróleo. Hasta el lugar habían llegado los padres y madres de los niños que los veían con mucha preocupación desde la distancia, subidos a la barca.

- Se ha ahogado – dijo Mustafa

- ¡No digas eso! - le regañó Jimona

- ¡Pero no hay señales de él! – insistió Mustafa – ha muerto.

- ¡Te he dicho que no digas eso!, ¡no vuelvas a decirlo en tu vida! ¡tu no lo conoces! ¡no sabes de qué es capaz! - gritó Jimona entre lágrimas enfrentándose a Mustafa.

Josué abrazó a Jimona que empezó a llorar desconsoladamente.

- ¡No puede ser Josué! ¡No puede haberse ahogado! ¡Es Súper Mendruguito! ¿verdad que no? - Jimona trataba de encontrar consuelo en la confianza de Josué, pero su amigo no sabía que contestarle, también empezaba a pensar que no lo había conseguido.

Algunas embarcaciones de la Guardia Civil y de la Cruz Roja empezaron a acercarse hasta donde les permitía la espesa capa de petróleo.

De repente, ¡GLUB!, una diminuta pompa se formó justo donde había saltado Súper Mendruguito. Luego un pequeño remolino empezó a formarse. El petróleo giraba lentamente. Al mismo tiempo que se volvía más rápido el remolino, lo que parecía una bola de petróleo, comenzaba a formarse en el centro. Los niños y niñas miraban asombrado lo que estaba ocurriendo. Todo el petróleo que estaba en la superficie del mar iba moviéndose lentamente hacia el ojo del remolino y la bola cada vez se hacía más y más grande. Cuando ya era casi del mismo tamaño que la barca, los amigos pudieron fijarse mejor, ¡la bola negra era en realidad Súper Mendruguito! Estaba absorbiendo todo el petróleo en su interior y cada vez se volvía más grande.

- ¡Es Súper Mendruguito! - dijo uno de los niños.

SÚPER MENDRUGITO

- ¡Sí! - dijo Josuá, está limpiando todo el petróleo del mar, fijaos, los peces empiezan a quedarse libres.

Súper Mendrugito ya era del tamaño de una casa y cuando la última gota de petróleo fue absorbida, la enorme mole negra en la que se había convertido salió disparada hacia el cielo y desapareció. Todos los presentes se quedaron maravillados con lo que había ocurrido. Con el mar limpio, la Guardia Civil llegó hasta donde estaban los niños y los llevaron con sus padres y madres.

Poco a poco las cosas fueron volviendo a la normalidad. Los niños y niñas volvieron con sus padres a casa y los policías, Guardias Civiles, médicos y demás personas que estaban allí se fueron yendo sin poder encontrar una explicación a lo que acababan de ver pero contentos porque todo hubiera acabado bien. Las gaviotas, peces y gatos, volaban, nadaban y corrían felices.

Seguro que os preguntaréis que pasó con Súper Mendrugito. Josuá y Jimona eran los únicos que no estaban alegres, se fueron cabizbajos a sus casas y apenas hablaron durante el camino de vuelta. Cuando llegaron a su piso, se despidieron hasta el día siguiente y cada uno se fue para su puerta. Pero justo cuando iban a entrar en sus casa, Jimona notó un soplido pasar como un rayo junto a su cara y Josuá que algo entraba en su bolsillo.